

del cine son productos de la imbecilización previa. Proceden de la idea de que el público es necio, idea ya expresada en verso por quien en ese aspecto fue predecesor de Goebbels, por Lope de Vega —no olvidemos que fue familiar de la Inquisición, y que su obra «El Santo Niño de la Guarda» producía matanzas y persecuciones de judíos allá en donde se representaba—. El público es necio, decía, y es justo que quien se dirige a él responda a esa necesidad. La desdichada idea no se ha abandonado hasta ahora; pero también comienza a superarse. Desde algún tiempo, los empresarios —cine, teatro— han comenzado a advertir que ciertas obras, que no responden a la supuesta necesidad, tienen más atractivo de taquilla que las otras. Los empresarios comienzan a modificar sus propios gustos.

Pero, ¿cuáles son las posibilidades de defensa del hombre contra la invasión de su intimidad que supone la agresión de la imagen? Las hay activas, las hay pasivas. El rumor, el «bulo», es un arma activa: ha aparecido en todas las épocas de la Historia en que se ha practicado la desinformación o la falsa información. A una información triunfalista abultada corresponde automáticamente un bulo derrotista igualmente exagerado. La «información horizontal» entre, por ejemplo, los espectadores del cine, hace correr inmediatamente la descripción de las imágenes o del diálogo

cortado por la censura. A veces, como en todos los estados de defensa, hay una exageración; en films que han pasado intactos por el censor se imaginan escenas, supuestos o desenlaces que no existieron jamás en la mentalidad del creador. Hay, también, una resistencia pasiva: la abstención. En la ciudad de Nueva York, los encargados del control de suministro de agua advirtieron que el consumo aumentaba fabulosamente al mismo tiempo en determinados momentos de la jornada: se averiguó que estos momentos coincidían con los de programas considerablemente cargados de «contenido» en la televisión, a excesos de material publicitario: las gentes aprovechaban para bañarse, para lavar sus vajillas. En los países que todavía no han superado la etapa del culto a la personalidad —o que la están inaugurando—, las salas de cine están vacías durante la proyección de los noticieros «cargados»: las gentes llegan más tarde, o salen a fumar en espera del film. En los países de mayor censura de prensa disminuye automáticamente —en cantidades realmente importantes— la venta de periódicos.

Nada de esto quiere decir que la agresión a la intimidad del pensamiento, el lavado de cerebro colectivo, la propaganda, carezca de eficacia. La tiene aún, y mucha, pero está evolucionando rápidamente el sentido de defensa del hombre. El alba de los iconoclastas está apenas despuntando.

## EL FICHERO COMO ARMA

# Edgar Hoover



COMO a Robespierre, le llamaron «El incorruptible». Los dos eran virtuosos, puros, austeros. Robespierre conducía a la guillotina; J. Edgar Hoover, a la silla eléctrica. Pero Robespierre murió en su propia guillotina, y J. Edgar Hoover, creador del FBI, acaba de morir en su cama de la ciudad de Washington —de la que fue diablo cojuelo—, a los setenta y seis años de edad: aquellos tiempos eran más amenos: «Señor, mi causa es la tuya», decía Robespierre hablando de la Revolución; lo mismo dijo Hoover hablando de la contrarrevolución.

Vicio y pecado le horrorizaban desde niño. Quiso ser pastor para combatirlos, pero descubrió que el combate del pastor es solamente teórico y verbal, y prefirió entrar en la policía. Servicios de extranjeros, 1917: Estados Unidos habían entrado en la guerra y todo extranjero era sospechoso de espionaje. Hoover sirvió bien la ola de xenofobia. Servicio de represión de actividades subversivas, 1919: una gran época de huelgas, de agitación so-

cial, y un paso para el ascenso. Hoover fue un gran innovador entonces. Descubrió el archivo y el fichero como arma: abrió fichas contra las personas de la izquierda y las que tenían relaciones con ella. Son fichas que no se han cerrado jamás. No terminan con la muerte del observado: sirven para sus descendientes como datos familiares. Al morir Hoover, el FBI, ya electrónico, tiene dos millones de expedientes, noventa millones de huellas dactilares, realiza 800.000 en cuestras al año, da trabajo a 19.000 personas, de las cuales 8.400 son agentes especiales.

El FBI lo tomó en 1924, a los veintinueve años de su edad. Era una pequeña sección dedicada a la lucha contra la especulación y a la vigilancia del robo de tierras en el Far West; en manos de Hoover se convirtió en la organización policíaca más importante del mundo. Se le encargó la lucha contra el gangsterismo. Es la gran saga de Hoover. Con sus incorruptibles —los «untouchables», que los débiles en inglés y la TV han traducido aquí como «intocables»— se lanzó a la batalla. La corrupción alcanzaba las policías locales, pero no al FBI. Hoover les había imaginado como caballeros medievales —castos, o al menos monógamos; sin amiguitas y sin divorcio; sin alcohol y sin tabaco— y esa fue su imagen de entonces. No hace falta evocar la saga, tantas veces vista: Al Capone, Dillinger, «Pretty Boy» Floyd, «Cara de

Niño» Nelson. El rapto de «baby» Lindbergh, los alambiques destruidos, las ametralladoras Thompson, la mirilla del speakeasy, la matanza de Kansas City, la noche de San Valentín. En aquella película real, Hoover fue decididamente «el bueno»: América le consagró.

Si Robespierre tuvo su gran momento en el Gran Terror, Hoover lo tendría en la Caza de Brujas de Joe McCarthy. Anticomunista, antiizquierdista, su fichero inmenso se puso a la disposición de la Caza. Finalmente, el senador McCarthy cayó, pero no Hoover. Para Hoover eran comunistas no sólo los comunistas, sino los «hippies», los drogadictos, los homosexuales, los negros; los políticos eran criptocomunistas. Llegó a alarmar a todo el mundo. Todos, en Washington, se sabían fichados por Hoover: sus vidas privadas, al descubierto; sus teléfonos, trucados; sus cuentas, minuciosamente examinadas; sus bibliotecas, anotadas. Pero era inalcanzable. Su imperio era ya demasiado fuerte para ser destruido. En una encuesta Gallup, realizada el verano del año pasado, se encontró que la opinión pública era muy favorable a Hoover, aunque concedían que ya era demasiado viejo para continuar y que debía retirarse. Pero no se retiró. Ha muerto en activo.

Hoover vivía solo en su casa georgiana, rodeado de colecciones de jade y bronce, con un busto estilo romano de sí mismo en el vestíbulo —un Julio César con rasgos de

«bulldog»; soltero —sin duda ha muerto virgen—, ya no tenía amigos —los que lo fueron habían muerto ya—, superviviente de sí mismo. Sólo algún perro de solterón, para el que guardaba la ternura que no tuvo para sus semejantes (no sólo fue duro para sus enemigos, sino para el mundo en general, y no sólo para el mundo en general, sino para sus agentes especialmente). No hacía más camino, casi, que el de su casa a su despacho —en el verano, un par de semanas de descanso en un motel—, o en sus dos despachos: uno de respeto, gigantesco (en la casa le llamaban «el salón del trono»), con un sillón anormalmente alto para él, y otros anormalmente bajos para sus visitas; y un despacho pequeño, sencillo, austero, casi pobre, para su trabajo solitario. La obsesión por elevarse sobre su propia talla parece que era su única debilidad: en las fichas del FBI y en los documentos oficiales hacía poner su estatura como de cinco pies y nueve pulgadas; en la realidad, tenía dos pulgadas menos.

Ya se sabe que su sucesor va a ser Patrick Gray. Pero en Washington se dice que Hoover, en realidad, no tiene sucesor posible. El FBI ya no será nunca lo que fue. Era la obra de un solo hombre, respetado y temido hasta por ocho presidentes que se cambiaron durante su reinado. Ahora será controlado desde fuera, desde la política, a la que tanto odió realmente John Edgar Hoover.